

Comunicación, Cultura y Política

María Belén Albornoz y Mauro Cerbino, compiladores

Comunicación, Cultura y Política



Índice

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito - Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador
Avenida Colón y Juan León Mera
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 2903 763
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-175-7
Cuidado de la edición: María Pessina
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: septiembre, 2008

Presentación	7
Prólogo	
Memoria y balance	9
<i>Héctor Schmucler</i>	
Introducción	15
<i>Belén Albornoz – Isabel Ramos</i>	
 PRIMERA PARTE: ALGUNOS DEBATES SOBRE TELEVISIÓN PÚBLICA	
Problemas para la televisión estatal en Latinoamérica. Reflexiones a partir del caso argentino	33
<i>Roberto Follari</i>	
La Reforma de Televisión Nacional de Chile y calidad de la política. Aprendizajes y nuevas perspectivas	47
<i>Valerio Fuenzalida</i>	
Venezuela: El lejano servicio público	67
<i>Andrés Cañizález</i>	
Onde está o negro na TV pública brasileira?	79
<i>Joel Zito Araújo</i>	

SEGUNDA PARTE:
COMUNICACIÓN Y POLÍTICA

Los movimientos sociales como sujetos de la comunicación	93
<i>Raúl Zibechi</i>	
¿Qué es una prensa pública?	109
<i>Emir Sader</i>	

TERCERA PARTE:
ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN

Estudos de recepção na América Latina, hoje: a visão de seus pesquisadores	119
<i>Nilda Jacks y Daiane B. Menezes</i>	

El estudio de las audiencias en Centroamérica. Primeras coordenadas del mapa	131
<i>Amparo Marroquín Parducci</i>	

Audiencias y sociedad de información. Aproximaciones teóricas y metodológicas para el estudio crítico de audiencias y la Internet	147
<i>María José Calderón</i>	

CUARTA PARTE:
TIC Y SOCIEDAD

El culto a la información, imaginarios sobre tecnología	161
<i>Belén Albornoz</i>	

El móvil, artefacto ritual para exorcizar la otredad	173
<i>Rosalía Winocur</i>	

Cybercultura y las nuevas nociones de privacidad	191
<i>Belén Albornoz</i>	

Segunda parte:
**Comunicación
y Política**

Los movimientos sociales como sujetos de la comunicación

Raúl Zibechi

La comunicación ha sido y sigue siendo la forma como los oprimidos coordinan y articulan sus comportamientos, ya sea para resistir a los opresores o para desafiar la dominación. El carácter de los movimientos sociales –movimientos institucionales o de sociedades en movimiento– determina el tipo de comunicación que establecen, pero la existencia de espacios de intercomunicación fuera del control de las elites (Scott, 2000), ha sido y sigue siendo una de las claves del nacimiento y la expansión de la actividad colectiva.

En los albores del movimiento obrero, los trabajadores aprendían los rudimentos de la lectura y la escritura, individualmente o en grupo, para poder formarse una opinión propia sobre la vida. El trabajador analfabeto acudía a “una taberna en la que se leyese en voz alta y se discutiese el editorial de Cobbett”, o bien “podía caminar millas para escuchar a un orador radical”; y en los momentos de grave agitación política los obreros “hacían que sus compañeros de trabajo les leyese en voz alta los periódicos” (Thompson, 1989: 314-315). Asistían, además, a escuelas dominicales o nocturnas donde intercambiaban conocimientos, a clubes en los que se compraban y leían periódicos, a sesiones de teatro popular y, por supuesto, a tabernas en las que debatían a viva voz.

En ese período los espacios de información de los trabajadores eran en general los mismos que los de su formación, y ambas estaban firmemente ancladas en la experiencia de la vida cotidiana. De modo que en la Inglaterra de comienzos del siglo XIX, el historiador del primer movimien-

to obrero podía afirmar que “la lucha por la libertad de prensa ejerció una influencia formativa central en el movimiento que se estaba configurando” (Thompson, 1989: 333). En esos espacios de socialización segregados y diferenciados, florecía y se reproducía una cultura plebea, o cultura obrera, que durante largo tiempo se mostró irreductible a la ambición de las clases dominantes por domesticarla (Jones, 1989).

Otros enfoques anclados en la sociología de los movimientos sociales, coinciden en atribuir a la comunicación un papel destacado tanto en el nacimiento como en la rápida difusión de los movimientos modernos. Con ellos, la información comenzó a circular horizontalmente en vez de “emanar autoritariamente desde las alturas” (Tarrow, 1997: 103), contribuyendo a crear vínculos en forma de redes no unificadas que hacen posible la acción colectiva. La expansión de la prensa popular y la difusión de la alfabetización, hicieron posible el nacimiento de la política popular, ya que “sin la capacidad de leer, los insurgentes en potencia habrían tenido dificultades para mantenerse al corriente de las acciones de otros con reivindicaciones similares, excepto por la transmisión verbal de las noticias” (Tarrow, 1997: 98).

Por otro lado, los grupos subordinados sólo pueden preparar su rebelión en espacios seguros fuera del control de los poderosos. Sin la existencia de esos espacios, sería impensable siquiera la resistencia organizada a la dominación. Se trata de espacios de socialización en los que los oprimidos ensayan los discursos y las actitudes que un día se atreverán a exteriorizar en el escenario público. Las luchas de los oprimidos requieren, entonces, “una coordinación y comunicación tácita o explícita dentro del grupo subordinado”, que sólo se consigue a través de la creación de “espacios sociales que el control y la vigilancia de sus superiores no puedan penetrar” (Scott, 2000: 147).

En esos espacios donde la información circula horizontalmente, se forman los futuros combatientes sociales, se tejen redes de relaciones cara a cara en base a la fraternidad y la confianza mutua; en una palabra, se transmite la cultura popular o la del grupo subordinado. Las elites sienten que esos espacios son un peligro permanente para la estabilidad del régimen de dominación. En base a varios trabajos acerca de la cultura obrera en la Inglaterra del siglo XIX, Scott afirma que “más de un estudioso de la clase

obrero moderna ha indicado que muchos de los circuitos de la cultura popular fueron destruidos deliberadamente a fines del siglo XIX con siniestras consecuencias en el proyecto de disciplinar y domesticar culturalmente al proletariado” (Scott, 2000: 156).

Así como la clase empresarial comprendió que debía cerrar los “poros” de la sociabilidad obrera dentro de la fábrica, para asegurar un mayor control de la fuerza de trabajo que redundara en un aumento de la productividad, dando vida al taylorismo y al fordismo, también parece haber comprendido la necesidad de controlar los espacios de los subordinados allí donde desarrollan su vida cotidiana. Acceder a esos espacios y desmantelarlos, supone impedir que los de abajo puedan coordinar sus comportamientos en un sentido de resistencia e insubordinación.

Sociedades en movimiento

Buena parte de la movilización social desplegada por las sociedades latinoamericanas en las dos últimas décadas, supone un desafío a las teorías establecidas sobre los movimientos sociales ya que se gestó y desplegó por fuera de los movimientos institucionalizados. El concepto mismo de “movimiento social” parece poco ajustado a la hora de comprender lo que las sociedades vienen produciendo desde “El Caracazo” de 1989. El carácter de la movilización social en curso está provocando una verdadera revolución teórica, que en la última década se plasmó en la centralidad adquirida por expresiones como autodeterminación, autonomía, autogobierno y territorio, entre otras (Díaz-Polanco, 1997).

El concepto “tradicional” de movimiento social parece un obstáculo para afinar la comprensión de los actuales movimientos y, en consecuencia, el papel de la comunicación. En efecto, la mayor parte de los estudiosos suelen coincidir en destacar tres aspectos: las oportunidades políticas, las formas de organización y los procesos colectivos de interpretación (McAdam, McCarthy y Zald, 1999). En suma, se suele enfatizar en los aspectos formales, desde las formas organizativas hasta los ciclos de movilización, desde la identidad hasta los marcos culturales. Y así se los suele clasificar según los objetivos que persiguen, la pertenencia estructural de

sus integrantes, las características de la movilización, el momento y los motivos por los cuales irrumpen. Aunque existe una abundante producción académica, hay muy poco trabajo sobre el terreno latinoamericano sobre bases propias y, por lo tanto, diferentes.

Uno de los más completos y abarcativos análisis sobre los movimientos sociales bolivianos, coordinado por Álvaro García Linera, considera que los movimientos tienen, todos ellos, más allá de tiempos y lugares, tres componentes: una estructura de movilización o sistema de toma de decisiones, una identidad colectiva o registros culturales, y repertorios de movilización o métodos de lucha (García Linera, 2004). Sin embargo, con ese marco analítico apenas se pueden abordar algunos pocos movimientos o bien apenas la parte más estructurada de ellos: los movimientos institucionalizados, los que tienen una estructura visible y separada de la cotidianidad, los que eligen dirigentes y se dotan de un programa definido y en función de sus objetivos establecen formas de acción, son los que suelen ser analizados por los especialistas.

Pero los movimientos más importantes de América Latina movilizan un conjunto de relaciones sociales, a menudo territorializadas, que coexisten con las relaciones hegemónicas. Para describirlos algunos analistas acuñaron el concepto de “movimiento societal”, como forma de dar cuenta del “movimiento de una parte de la sociedad en el seno de la otra” (Tapia, 2002: 61). Este análisis parte de la realidad de la existencia de “varias sociedades” en la sociedad, o sea, por lo menos de dos conjuntos de relaciones sociales mínimamente articuladas. En otros trabajos he defendido una propuesta similar al concebir este tipo de movimientos sociales como “sociedades en movimiento” (Zibechi, 2003).

El aspecto central de este debate, es si efectivamente existe un sistema de relaciones sociales que se expresan o condensan en un territorio. Eso supone ingresar al análisis de los movimientos desde otro lugar: no ya las formas de organización y los repertorios de la movilización sino las relaciones sociales y los territorios, o sea los flujos y las circulaciones y no las estructuras. En este tipo de análisis aparecerán nuevos conceptos como autonomía, autorganización y comunidad, entre los más destacados.

Los movimientos latinoamericanos más importantes, como los indígenas, los sin tierra y crecientemente los urbanos, pertenecen a esta cate-

ría de movimientos territorializados. Pero los territorios están vinculados a sujetos que los instituyen, los marcan, los señalan sobre la base de las relaciones sociales que portan (Porto, 2001). Postulo que en la medida que los sujetos encarnan relaciones sociales diferentes, contradictorias con la sociedad hegemónica, es que tienen la necesidad de crear nuevas territorialidades.

Priorizar el movimiento por sobre la estructura, o sea el deslizamiento del lugar heredado o construido anteriormente, implica una mirada diferente de la comunicación. Dicho de otro modo, si “el movimiento social es, rigurosamente, cambio de lugar social” (Porto, 2001: 197-198), eso supone que, en algún momento, los que se desplazan lo hacen acoplando sus comportamientos, única forma en que pueden hacerlo conjuntamente sin reproducir el lugar del que se deslizan. O sea, sin reconstruir la relación sujeto-objeto.

En efecto, las concepciones dominantes sobre la comunicación, las que se han popularizado a través de los medios de comunicación de masas, abrevan en la separación entre sujeto (emisor de información) y objeto (receptor de información). Maturana y Varela la denominan como “metáfora del tubo”, ya que concibe la comunicación como “algo que se genera en un punto, se lleva por un conducto (o tubo) y se entrega al otro extremo receptor” (Maturana y Varela, 1996: 169). Por el contrario, defienden una concepción de la comunicación en la que no funciona la relación sujeto-objeto, o sea activo-pasivo, sino una pluralidad de sujetos siempre activos o, mejor, interactivos. En la comunicación, apuntan, no hay información transmitida sino coordinación de conductas:

Cada persona dice lo que dice u oye lo que oye según su propia determinación estructural. Desde la perspectiva de un observador siempre hay ambigüedad en una interacción comunicativa. El fenómeno de comunicación no depende de lo que se entrega, sino de lo que pasa con el que recibe. Y esto es un asunto muy distinto a “transmitir información”. (Maturana y Varela, 1996: 169).

Esta forma de intercomunicación que se basa en el acoplamiento o coordinación de conductas, es lo que permite explicar fenómenos sociales de

envergadura como “El Caracazo” (1989), “El Argentinazo” (2001) o la mo-vilización popular que revirtió el golpe de Estado en Venezuela (2002), por mencionar algunos hechos destacados de las últimas décadas en nuestro continente. En esos casos no hubo un “sujeto” convocante ni una “masa” popular convocada, como suele suceder con las clásicas convocatorias de los movimientos institucionalizados como los sindicales. Existió una multiplicidad de autoconvocatorias simultáneas a través de canales de comunicación no institucionalizados sino informales, horizontales y circulares (Zibechi, 2003).

En la cotidianeidad de los movimientos sociales de nuestra región, sucede algo similar aunque a escalas menores. Podemos preguntarnos las razones por las cuales ciertas “convocatorias” son seguidas masivamente en algunas ocasiones, mientras en otras la misma convocatoria apenas es respaldada por un puñado de activistas. En las grandes movilizaciones realizadas por nuestros movimientos, aún en aquellos casos en los que ha mediado alguna convocatoria, sólo se multiplica si existe alguna forma de acoplamiento o coordinación de conductas, ese contagio afectivo que apasiona y lleva a la gente a ganar la calle por cientos de miles. Algo así sucedió con la Marcha Nacional por la Reforma Agraria convocada por el Movimiento Sin Tierra en Brasil (1997), y con la Marcha del Color de la Tierra convocada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México (2001).

Planes sociales para neutralizar la comunicación popular

En los últimos años se vienen perfeccionando los proyectos estatales para neutralizar los espacios autónomos de los sectores populares bajo la forma de planes para combatir la pobreza. Estos proyectos ideados por organismos internacionales como el Banco Mundial, con el objetivo inicial de paliar los efectos sociales del modelo neoliberal, han sido retomados por los gobiernos latinoamericanos –muy en particular por los gobiernos llamados “progresistas” y de “izquierda”– que los han extendido y profundizado.

Algunos de estos planes sociales, como el Proyecto de Desarrollo de los Pueblos Indígenas y Negros de Ecuador (Prodepine) han conseguido sub-

ordinar a sectores importantes de los movimientos (Bretón, 2001); otros como el Plan de Emergencia de Uruguay lograron penetrar en profundidad en los territorios de la pobreza urbana (Zibechi, 2007). Estos planes, que en el caso de Brasil abarcan hasta el 25% de la población del país y por lo tanto no pueden ser considerados como parte de las políticas focalizadas, son una de las vigas maestras más potentes sobre las que se apoyan las nuevas gobernabilidades.

Entiendo por “nuevas gobernabilidades” el punto de intersección entre los movimientos y los estados, a partir del cual han ido naciendo las nuevas formas de dirigir estados y poblaciones. Más que punto o puntos de encuentro, quiero dar la idea de algo móvil y en construcción y reconstrucción permanentes. O sea, que las nuevas gobernabilidades no son ni una construcción unilateral ni un lugar fijo, sino una construcción colectiva y en movimiento, que se asienta en nuevas técnicas de control que buscan enfrentar el desafío que presentan a las elites las sociedades en movimiento (Zibechi, 2007).

En el lugar de los modos de control disciplinarios aparecen formas denominadas “biopolíticas” que se apoyan en los fenómenos existentes, no intentan impedirlos, sino, al contrario, “ponen en juego otros elementos de lo real, a fin de que el fenómeno, en cierto modo, se anulara a sí mismo” (Foucault, 2007: 79). En vez de reprimir y prohibir, se trata de regular la realidad haciendo que unos elementos actúen sobre los otros, anulándolos. Este tipo de control es tanto más necesario cuando los oprimidos desbordan las formas disciplinarias, cuando lo que se mueve no son ya sectores sociales sino porciones enteras de sociedades, que no son ni controlables ni eliminables por la represión. ¿Cómo imponerle leyes imperativas, negativas, a esas sociedades otras, capaces de desbaratar y neutralizar golpes de Estado, estados de excepción y las formas tradicionales de represión? La única forma sería a través del genocidio, el etnocidio; cuestión que no siempre es practicable y que requiere una relación de fuerzas muy favorable para las elites.

De lo que se trata, entonces, es de generar la capacidad de gobernar grandes poblaciones, para lo que deben aplicarse formas de control a distancia, más sutiles, formas de acción menos transparentes que las del soberano para dar paso a una acción “calculadora, meditada, analítica, calculada” (Foucault, 2007: 95). Para conseguirlo, las clases dominantes

deben actuar en relación de inmanencia respecto de los movimientos que intentan controlar o, mejor, reconducirlos hacia modos que beneficien a los grupos dominantes. Si para el soberano se trataba de evitar que sus súbditos se movilizaran, ya que el hecho mismo de hacerlo ponía en cuestión su condición, ahora el arte de gobernar incluye, como una más de sus técnicas, la movilización social callejera. A la movilización no se apela, como antaño, para apoyar a gobiernos populares jaqueados por las oligarquías –como sucedió en múltiples ocasiones a lo largo del siglo XX– sino para impulsar “causas justas”, como los derechos humanos en Argentina o contra la violencia doméstica en Uruguay¹.

Estas son, entre otras, algunas de las diferencias entre las viejas y las nuevas gobernabilidades que más confunden a los activistas sociales, ya que introducen dosis de ambigüedad que persiguen esa deseada anulación de los fenómenos por los fenómenos mismos. ¿Quién mejor para actuar en relación de interioridad respecto a los oprimidos, que los gobiernos surgidos de las entrañas de los movimientos de los de abajo, ya que están en mejores condiciones para aplicar tácticas complejas que representan un verdadero arte de gobernar? ¿Quién mejor para aplicar estas tácticas que un tipo de personal forjado en la militancia, con experiencia en la relación con los movimientos de los oprimidos?

Los “nuevos” gobiernos que dirigen Luiz Inacio Lula da Silva, Néstor Kirchner y Tabaré Vázquez, por poner los ejemplos más obvios pero no los únicos, son hijos del arte de gobernar. Nuevos, porque ya no estamos ante los estados benefactores o ante los estados neoliberales prescindibles, sino ante algo inédito, que sobre la base de la fragilidad heredada del modelo neoliberal busca desarrollar nuevas artes para mantenerlos en pie, dotarlos de mayor legitimidad y asegurar así su supervivencia siempre amenazada. Uno de los ejes en torno a los que gira este arte de gobernar, se relaciona con el trabajo destinado a ir “desarrollando el Estado en el seno de esa práctica consciente de los hombres” (Foucault, 2006: 290).

Interferir en las formas de intercomunicación popular forma parte de esta estrategia destinada a fortalecer la gobernabilidad. En el área andina,

1 El municipio de Montevideo, gobernado por la izquierda, convocó a fines de 2006 una movilización social contra la violencia doméstica encabezada por los altos funcionarios municipales.

una de las más estudiadas y donde la penetración de la “cooperación al desarrollo” ha sido más intensa, se ha constatado a raíz del ingreso de ONG que promueven la creación de Organizaciones de Segundo Grado, “la sustitución simultánea de una dirigencia muy militante, combativa e identificada con un perfil político reivindicativo”, por otra “de carácter mucho más tecnocrático” (Bretón, 2001: 247). La cuestión no es menor si consideramos que la coordinación de conductas que es una de las claves de la intercomunicación, en las comunidades andinas se referencia en el papel destacado de los dirigentes como nodos claves del proceso de comunicación interna. Gracias a la intervención de la cooperación internacional aparecen “cacicazgos de nuevo cuño” que sustituyen a las anteriores dirigencias:

Los dirigentes, supuestos depositarios de la representatividad de las bases según sus panegiristas, son los nuevos administradores que tienen la potestad de distribuir –o de incidir en la distribución– las regalías que emanan de las agencias de desarrollo en forma de recursos o proyectos (...). En el momento actual, y a diferencia de coyunturas pretéritas, quienes tienen más posibilidades de acceder a ese nuevo estatus son aquellos más capacitados en interlocutar con los agentes externos, descansando en buena manera el prestigio de los dirigentes en su destreza para atraer recursos externos para las organizaciones de base (Bretón, 2001: 248).

Resulta evidente, como señala Bretón, que esta nueva camada de dirigentes nacidos al abrigo de la cooperación, en algún momento entra en colisión con las autoridades tradicionales de las comunidades. No se trata de que los recursos externos sean negativos en sí mismos. No se trata de rechazar el que existan personas y organizaciones especializadas en captar y gestionar esos recursos que pueden ser de utilidad para los movimientos. El punto en cuestión es que con el pretexto del “fortalecimiento organizativo” esas personas, externas o parte de los movimientos, se han terminado por superponer al funcionamiento habitual de las comunidades y de los movimientos. Y, finalmente, una camada de funcionarios, externos o parte de los movimientos, se han impuesto por encima de los dirigentes legítimos.

En segundo lugar, en la medida que las organizaciones sociales comienzan a pivotar “hacia fuera” en su necesidad de captar recursos y proyectos, se desvanecen sus relaciones al interior del mundo popular como sustento de la intercomunicación. Aparecen, así, medios de comunicación que siendo externos a los movimientos se presentan como parte de ellos. En este aspecto, señalo lo mismo que respecto a los recursos materiales: es necesario y positivo que existan medios que apoyen a los movimientos, pero es negativo que algunos pretendan erigirse en sus portavoces, sustituyendo el largo, lento e interno proceso de coordinación de posiciones por los que todo movimiento debe atravesar en función de tiempos propios y no sujetos a agendas externas.

Comunicación para la autonomía

Este largo rodeo pretendía centrar el debate sobre la comunicación en el contexto latinoamericano actual. La comunicación no puede ser un mundo aparte: está implicada en las coyunturas que atraviesan nuestros pueblos y depende en gran medida de las políticas de los estados nacionales, que en este período se han propuesto cooptar los movimientos y las sociedades en movimiento, desplegando estrategias que pretenden poner en práctica lo que he denominado como el “arte de gobernar los movimientos”. La construcción conjunta, anudando estado y movimientos a través de una práctica estable y permanente, ha permitido construir conjuntamente nuevas realidades que denominamos gobiernos progresistas y de izquierda.

Salvaguardar la autonomía de los movimientos es una condición para que pueda existir y expandirse una comunicación autónoma, por canales y espacios propios no subordinados a los estados, por más cercanos que sean a los movimientos. Lo realmente novedoso es que la cooptación se está procesando ahora ya no de modo individual sino apelando a los mismos instrumentos que los sectores populares emplean para cuestionar la dominación, a través del “fortalecimiento” de las organizaciones sociales.

Por eso los medios de comunicación de muchos movimientos se empeñan en mantener una agenda propia y no sumarse a la de las elites. Sin

embargo, en este período no resulta sencillo discriminar la agenda de arriba de la de abajo, sobre todo cuando la primera aparece revestida de movilizaciones de masas. Más aún, a primera vista puede resultar complicado diferenciar entre movimientos y movilizaciones, como sucedió recientemente en México a raíz de las grandes manifestaciones contra el fraude electoral contra el candidato del Partido de la Revolución Democrática (PRD), Andrés Manuel López Obrador. Las diferentes interpretaciones sobre este proceso llevaron a un virulento enfrentamiento entre la izquierda política aglutinada en torno al PRD y el zapatismo. La diferencia y contradicción entre estas dos izquierdas es una realidad en buena parte de los países latinoamericanos, y está llamada a tener una fuerte impronta en la comunicación popular.

Por último, parece necesario reflexionar sobre la relación entre unidad y multiplicidad en el campo de la comunicación popular. Me parece necesario dar prioridad a la diversidad, heterogeneidad y variedad de expresiones comunicativas descentralizadas que a menudo suelen ser sacrificadas en el altar de la masividad. No puede existir un medio de comunicar que desplace a otros, todas las formas son necesarias (oral, escrita y audiovisual; formal e informal; de base, local y nacional e internacional) y todas pueden potenciarse mutuamente. En la realidad de la intercomunicación de los de abajo, coexisten multiplicidad de modos y medios de comunicar. Por el contrario, el mercado capitalista ha monopolizado y jerarquizado los medios, ha convertido la multiplicidad en unidad y la heterogeneidad en homogeneidad.

La unidad es uno de los modos que puede adoptar la política de las elites en el mundo de los de abajo. Aún tienen fuerza las ideas que sostienen que la unidad del campo popular puede ser útil para potenciarlo. Pero en la historia, los de abajo no han necesitado estructuras unitarias—que siempre son centralizadas—para rebelarse. La unidad la consiguen de otra manera: en los hechos insurreccionales, en los modos de rebelarse, en el poner en común las horizontalidades. Las grandes rebeliones nunca provinieron de aparatos o estructuras que suelen tener intereses propios que no están dispuestos a poner en riesgo.

Va ganando terreno la idea de que la unidad puede ser una imposición, una forma de frenar los movimientos de abajo. Según el sociólogo brasile-

ño Francisco de Oliveira, “sostener la falsa unidad encima de todo, solamente sirve para dejar los flancos abiertos a las fuerzas contrarias a la transformación social. Así, en ciertas coyunturas, la consigna puede ser “dividir para luchar mejor” (De Oliveira, 2006). En suma, el objetivo de la política plebeya no suele girar en torno a la unidad. En las culturas del abajo la unidad no es moneda corriente, como sí lo es en las políticas que tienen por objetivo la toma del poder estatal. Ellas desarrollan estado en el abajo, que siempre es una buena forma de ganar visibilidad, permanencia y, casi siempre, se convierte en un buen gancho para la cooptación. Hoy, una de las tareas más importantes es seguir potenciando las diversas formas de hacer política de los de abajo, sus espacios, sus tiempos, sus modos de hacer. Para ello, la unidad es una de las principales barreras. Por el contrario, lo que se denomina “fragmentación”, que suele ser una apreciación afincada en una mirada desde arriba, puede ser una forma de evitar la cooptación que, como hemos visto, es uno de los objetivos trazados por las elites.

Comunicación en movimiento

La existencia de medios masivos de carácter nacional sustentados en tecnologías de punta, no debería ser excusa para desplazar, pongamos como ejemplo, la pequeña radio comunitaria en un remoto municipio. En pocos países como en Bolivia los medios populares han jugado un papel tan destacado en relación con los movimientos sociales. La insurrección de El Alto, en octubre de 2003, mostró la existencia de una amplísima variedad de medios: desde Internet y emisoras de televisión como el sistema de Radio Televisión Popular, hasta la impresionante Cadena Erbol (Educación Radiofónica de Bolivia) que llega a todo el país y enlaza desde las capitales departamentales hasta las comunidades rurales. En la historia de Bolivia las radios han jugado un papel destacado en la organización del movimiento social. En ellas se involucran comunidades enteras, a través de “reporteros populares” y periodistas comunitarios pero también mediante la participación directa de la población.

Durante las semanas en que se preparaban las grandes acciones insurreccionales, las comunidades aymaras rurales y urbanas se apropiaron de

las radios y las usaron como medio para intercambiar mensajes entre los comuneros que vivían en El Alto y los que permanecieron en las áreas rurales. Más que mensajes, transmitían estados de ánimo, emociones, vivencias que de ese modo se reproducían en sitios muy alejados. Las radios bolivianas jugaron un papel decisivo en la coordinación de conductas que fermentó una de las más profundas rebeliones en la historia aymara (Zibechi, 2006: 94-99).

Junto a estos medios de comunicación formales se hicieron visibles una multiplicidad de modos de intercomunicación entre los de abajo. A la hora de convocar asambleas o de alertar sobre la represión, sonaban silbatos y pitos, se daban golpes a los postes de luz, se hacían reventar petardos y se izaban whiplas (Mamani, 2004). La población acudía entonces a plazas o iglesias, según el carácter de la situación, que eran los espacios en los que se tomaban decisiones colectivas.

Ya se tratara de los medios formales o los informales, la población se comunicaba a través de los mismos medios que está acostumbrada a utilizar en sus barrios o lugares de trabajo. Ninguno de esos medios está separado de la vida cotidiana; unos no desplazan a los otros, ni se registró un proceso de centralización en los medios más potentes o de mayor alcance. Por el contrario, predominó la complementariedad, uno de los rasgos más destacados de la cultura andina. En los barrios, por poner un ejemplo, los silbatos y los golpes en los postes son la forma habitual como la población se intercomunica la presencia de ladrones y violadores. En esos casos, es muy común que vecinas y vecinos se reúnan inmediatamente en la calle o en alguna plaza para vigilar el barrio. Las radios populares, otro ejemplo, comenzaron a emitir en cadena los días de la insurrección, y de esa forma contribuyeron a movilizar a la población a la hora de atender heridos y de resistir los embates de las fuerzas armadas. El auditorio de Radio San Gabriel, en El Alto, fue escenario de una prolongada huelga de hambre de autoridades aymaras y fue uno de los principales nodos de intercomunicación de la población. Pero ese mismo auditorio ha sido escenario en las últimas décadas de cientos de actividades y es por tanto un espacio conocido y valorado por la mayor parte de la población alteña.

Pienso que la multiplicidad de medios existentes en la sociedad en movimiento de un país como Bolivia, contribuyó de modo notable a

potenciarla. Algunos medios como los informales han nacido y crecido en la “sociedad otra”, india y popular. Otros, como la televisión y la radio, han sido adoptados por esta sociedad diferente y los ha puesto a su servicio. En la vida cotidiana fortalecen su cultura, su visión del mundo, sus formas de vida. A ellos acuden cuando quieren escuchar “su” música o cuando sucede algún hecho extraordinario. En ciertos momentos, los mismos medios sirvieron para defender el mundo otro, para la resistencia o la insurrección. En ambos casos comunican: contribuyen al acoplamiento o coordinación de comportamientos en la “sociedad otra” en movimiento.

Me parece importante destacar que la “sociedad otra” cuenta, desde hace ya cierto tiempo, con sus propios medios de comunicación y que ha dejado de utilizar los de la sociedad dominante. En el mundo andino esto viene sucediendo desde hace unos 20 años². Entre los movimientos campesinos como los Sin Tierra de Brasil, la utilización de medios propios es una tendencia creciente, ya que no pueden confiar en los medios de las clases dominantes ni en los partidos políticos. En las periferias urbanas de muchas ciudades proliferan también medios de los sectores populares, sobre todo radios comunitarias y periódicos barriales, pero también se han ido estableciendo, en el imaginario popular, espacios de encuentro como plazas o centros sociales.

Por último, quisiera señalar que la Otra Campaña ha sido hasta ahora la propuesta más explícita para crear otras formas de hacer política, por fuera de las instituciones. Uno de los ejes de la propuesta zapatista consiste precisamente en crear espacios de inter-comunicación entre los de abajo. Hasta ahora, esos espacios tuvieron un desarrollo importante en las regiones indígenas de Chiapas, pero nunca se había registrado el desafío de intentar crearlos en las grandes ciudades. El éxito de esta campaña puede ser un aliento para los sectores populares urbanos que hasta ahora han tenido enormes dificultades para poner en pie formas diferentes de vida y, por lo tanto, modos distintos a los hegemónicos de hacer política.

2 En Bolivia, la radiodifusión aymara nació en la década de los cincuenta. Radio San Gabriel nació en 1955. Erbol fue creada en 1967. Desde 1982, con el retorno de la democracia, las radios populares registran un fuerte crecimiento.

Referencias bibliográficas

- Bretón, Víctor (2001). *Cooperación al desarrollo y demandas étnicas en los Andes ecuatorianos*. Flacso. Quito.
- De Oliveira, Francisco (2006). *Voto condicional em Luiz Inácio*. Diario Folha de Sao Paulo, 30 de octubre.
- Díaz-Polanco, Héctor (1997). *La rebelión zapatista y la autonomía*. Siglo XXI. México.
- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- García Linera, Álvaro (2004). *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*. Diakonía/Oxfam. La Paz.
- Jones, Gareth Stedman (1989). *Lenguajes de clase*. Siglo XXI. Madrid
- Mamani, Pablo (2004). *Microgobiernos barriales*. Cades-Idis-Umsa. El Alto.
- Maturana, Humberto y Francisco Varela (1996). *El árbol del conocimiento*. Debate. Madrid.
- McAdam, Doug, John McCarthy y Mayer Zald (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Istmo. Madrid.
- Porto Gonçalves, Carlos Walter (2001). *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. Siglo XXI. México.
- Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. ERA. México.
- Tapia, Luis (2002). “Movimientos sociales, movimiento societal y los no lugares de la política”. En: Raquel Gutiérrez, Álvaro García, Raúl Prada y Luis Tapia; *Democratizaciones plebeyas*. Muela del Diablo. La Paz.
- Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza. Madrid.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Tomo II. Crítica. Barcelona.
- Zibechi, Raúl (2003). *Genealogía de la revuelta. Argentina: una sociedad en movimiento*. Letra Libre. La Plata.
- _____ (2006). *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*. Tinta Limón. Buenos Aires.
- _____ (2007). *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima.